

El Día de Muertos y el Mictlán: apuntes e imágenes de una tradición mexicana

Félix Torres Gómez ¹

Universidad Autónoma de Nuevo León

El Día de Muertos en México es una de las tradiciones que más llama la atención de extranjeros y aun de nacionales como yo. Dado que soy originario de Monterrey en el norte de México, pude ver con ojos de turista esta tradición en el pueblo de San Andrés Mixquic, en la zona rural de la Ciudad de México, así como en Tetela del Volcán, Morelos.

El primer pueblo es famoso mundialmente por la cobertura televisiva y de los medios de comunicación, por lo que es muy visitado por los turistas extranjeros y nacionales. Yo estuve en Mixquic una noche del 1 de noviembre, cuando según la tradición ya estaban presentes los niños difuntos y a unas horas de que llegaran los difuntos adultos. Para mí fue impresionante ver el panteón repleto de gente que arreglaba las tumbas con flores de cempasúchitl, prendía cirios y velas y llevaba comidas, teniendo de fondo su antigua iglesia. Las personas hacían enormes filas para subir sobre un puente de andamios, el cual fue instalado por las autoridades para contemplar desde la calle — pegado a la barda del lugar— la impresionante vista del interior del panteón. Además de hacer filas para entrar a la iglesia y al panteón, presencié una fiesta familiar donde pude tomar varias fotografías.



Panteón de Mixquic, 2006. Fotografía: Félix Torres Gómez

Supe que el gobierno municipal repartía cirios, que son velas grandes, pues es importante que luzca el panteón y que se vean las familias de los difuntos. Me pregunto qué tanto podrá sostenerse esta tradición a largo plazo, al menos en ese panteón, pues es un camposanto muy antiguo, donde supongo que ya no se reciben nuevos muertos.

Llegará pues un momento —si no es que ya llegó— en el que los actuales habitantes de Mixquic sólo tendrán en esos sepulcros a bisabuelos y tatarabuelos que no conocieron y con quienes no tuvieron ningún vínculo, como en el caso de los padres y abuelos. ¿Será que entonces seguirán visitando el panteón? ¿Seguirán siendo parte de la escenografía? ¿O quizá se cambiará el recorrido turístico hacia los panteones de más reciente creación?



Panteón de Mixquic, 2006. Fotografía Félix Torres Gómez

Tiempo después, en el 2007, como habitante de Tetela del Volcán, Morelos, fui testigo del festejo de Día de Muertos, uno más real o menos explotado turísticamente. En casi todas las casas se colocan altares de muertos y días previos se instala un tianguis o mercado rodante, donde se ofrece todo lo necesario para el festejo: incienso, resina de copal, velas, cirios, flores de cempasúchitl y juguetes de barro para los niños difuntos, entre otras cosas. También se manda a elaborar un pan de muerto totalmente diferente al que se conoce, pero suele ser demasiado caro, no porque esté fabricado con ingredientes sofisticados o porque tenga algún relleno especial, pues es un pan en extremo sencillo. Lo que lo hace tan costoso es que tradicionalmente el pan debe de ser recién hecho por los panaderos del lugar (es decir, no vale traer el pan de muerto del Walmart de Cuautla), por lo que el panadero tiene tanto por hornear que las personas deben separar sus pedidos con anticipación.

Los altares aunque sencillos —pues no están compitiendo por un premio ni pretenden ser monumentales o esce-

¹ Arquitecto, investigador y fotógrafo. Es licenciado en Arquitectura y candidato al grado de maestro en Artes por la Universidad Autónoma de Nuevo León, y profesional medio en Artes Plásticas por el CEDART Alfonso Reyes. Actualmente es investigador del Centro de Información de Historia Regional de la UANL, donde también es responsable de la museografía y montaje de exposiciones.

nográficos— tienen alma. La familia se preocupa y esmera en recibir a sus muertos: quemar copal es relajante e indispensable para guiar a casa a los difuntos, como lo es el campasúchitl, cuyas flores decoran el altar y cuyos pétalos forman un camino entre el altar y la calle. Como la tradición marca que el camino de pétalos debe llegar hasta el panteón, sólo quienes viven cerca de ahí o quienes tienen más recursos logran hacer el camino completo. Se supone que este camino sirve para que los difuntos no se pierdan; incluso al día siguiente se acompaña y se regresa simbólicamente al difunto visitante a su tumba.



Huehuenches en plaza de Hueyapan, Morelos, 2007. Fotografía: Félix Torres Gómez

Otra costumbre, al parecer también muy antigua, es la llamada de los huehuenches, que consiste en que las personas se caractericen de personajes ya difuntos. Antes se hacía para burlarse de los hacendados españoles o para recordar a personajes de la comunidad. En principio se trataba de imitarlos; ya fuesen campesinos, carniceros, soldados o políticos, se buscaban prendas, herramientas y accesorios según el personaje. También los huehuenches se colocan caretas o máscaras genéricas, que se venden también en el tianguis o mercado. Cualquier persona es libre de disfrazarse y de participar en recorridos por las calles hasta terminar en el panteón, trayecto que siguen bailando al ritmo de la música del grupo Acapulco Tropical (agrupación del vecino estado de Guerrero que surgió en 1970), que en algún momento se integró para acompañar a los huehuenches. Esta tradición de imitar a algún difunto se ha diluido un poco con el tiempo, ya que muchos de los participantes ya no caracterizan a personas reales sino que buscan disfrazarse de algunos personajes de películas. También abundan los hombres que se caracterizan con tacones, medias, faldas y pelucas, aunque no sabemos si realmente representan a algunas mujeres difuntas.



Huehuenches en plaza de Hueyapan, Morelos, 2007. Fotografía Félix Torres Gómez

Las tradiciones van transformándose, no son estáticas. A veces surgen de una forma y se van modificando por diversas influencias, por necesidad o por economía. Por ejemplo, la rosca de reyes originalmente llevaba acitrón, pero debido a que su uso pone en peligro de extinción a la biznaga de donde se obtiene, se prohibió su empleo. Así, el Día de Muertos se ha transformado también, para hacerlo más espectacular, más llamativo, más turístico. El desfile de Día de Muertos de la Ciudad de México surgió debido a una película extranjera. Asimismo, la instalación de altares en el norte de México se suscitó por películas y por políticas culturales que lo fomentaron, aunque es verdad que en municipios nuevoleonese del sur, como General Zaragoza, ya existía la tradición de los altares en las casas, según nos dice la cronista Elvira Reyna.

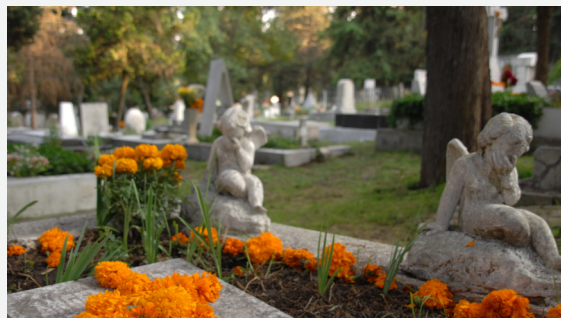


Panteón Jardín de la Ciudad de México, 2006. Fotografía: Félix Torres Gómez



Panteón Jardín de la Ciudad de México, 2006. Fotografía: Félix Torres Gómez

También, como lo señala el maestro Emilio Machuca, la celebración del Día de Muertos, aunque tiene sus orígenes en el virreinato, “durante el sexenio de Lázaro Cárdenas (1934-1940), el régimen desacralizó las festividades en honor a los difuntos, fomentando la idea de que éstas en realidad tenían orígenes prehispánicos, y que servían para promover el nacionalismo y la identidad mexicana”. Indudablemente, en esta celebración de Día de Muertos se fusionaron las culturas prehispánicas con la española. Por lo tanto, es pertinente referir aquí las creencias de los mexicanos.



Panteón Jardín de la Ciudad de México, 2006. Fotografía: Félix Torres Gómez

El Mictlán es el lugar de los muertos, el inframundo de la mitología mexicana. El dios Quetzalcóatl obtuvo de allí los huesos con los que creó al hombre y allí es a donde regresan las personas al morir, con las siguientes excepciones: a Tonatiuh ichan (casa del sol) llegaban los guerreros muertos en combate o las mujeres que fallecían durante su primer parto; a Cincalco (casa del maíz) llegaban los suicidas o estrangulados; y a Tlalocan (lugar de Tláloc) llegaban los ahogados, enfermos de la piel o mordidos por serpientes. Al Mictlán sólo iban aquellos que morían de muerte natural o de enfermedades que no tenían un carácter sagrado, fueran señores (nobles) o macehuales (peones), sin distinción de rango ni riquezas.

Para llegar al Mictlán, los fallecidos debían atravesar nueve regiones. Simbólicamente al pasar cada una de estas regiones descendían como el sol (dios Tonatiuh) hasta ocultarse o introducirse en la tierra. Estas regiones son:

1. Itzcuintlan (lugar donde están los perros). Residencia de Xólotl, dios del ocaso y los xoloitzcuintles son sus perros consagrados. Allí la frontera entre los vivos y los muertos es el río Apanohuacalhuia. Para cruzarlo era necesario ser ayudado por un perro xoloitzcuintle. Éste detectaba si el difunto era digno de cruzar, pues si en vida maltrató perros no obtendría su ayuda para cruzar. Los mexicas acostumbraban tener estos perros llamados xoloitzcuintles.

2. Tepetl Monamicyan (lugar en que se juntan las montañas). Residencia de Tepeyótlotl, dios de las montañas y los ecos, señor de los jaguares. En este lugar dos cerros se juntaban o chocaban para inmediatamente separarse y formar un paso antes de volver a chocar, el reto era cruzar el paso sin ser aplastado por los cerros.

3. Itztepetl (montaña de obsidiana). Residencia de Itztlacolihui, dios de la aurora y de la obsidiana, señor del castigo. Al cruzar esta montaña, fuertes vientos despojaban a los fallecidos de sus pertenencias, ropas, joyas y armas. Después el viento levantaba piedras y puntas de pedernal que los herían, pues era la casa del señor del castigo.

4. Itzehecayan (lugar de los vientos de obsidiana). Residencia de Mictlampaehecatl, dios del viento del norte. Se tenía que atravesar una gran área congelada de ocho cerros de piedras cortantes.

5. Pancuetlalcayan (lugar donde se tiembla como bandera). Residencia de Mictlampaehecatl, dios del viento del norte. Es la segunda región del extenso complejo Itzehecayan, al pie del último cerro de los ocho cerros de piedras cortantes, donde empezaba un extenso desierto que contaba con ocho páramos donde no existía la gravedad. Los muertos aquí estaban a merced de los vientos, que próximos a salir, los regresaban o los llevaban de un lado a otro como banderas, hasta que finalmente lograban salir del sendero.

6. Temiminaloyan (lugar donde se flecha a la gente). Sendero que se debía cruzar, esquivando flechas (perdidas en batallas) que manos invisibles lanzaban, para no desangrarse.

7. Teyollocualoyan (lugar donde se come el corazón de la gente). Residencia de Tepeyótlotl, dios de las montañas y los ecos, señor de los jaguares. Esta es la región donde habitaban fieras salvajes que abrían los pechos de los muertos para comerles el corazón, por lo que, al salir del sendero, el muerto se encontraría con un jaguar que le comería el corazón.

8. Apanohualoyan (lugar donde se tiene que cruzar agua). Región donde se encontraba la desembocadura del río Apanohuacalhuia, una masa acuática de aguas negras donde el muerto, ya sin corazón, se debatía por largo rato en las aguas negras para salir. Ahí no acabarían sus penas, pues el difunto tendría que atravesar un extenso valle lleno de nueve hondos ríos, los nueve ríos adyacentes del ancho río Apanohuacalhuia, los ríos Chiucnahuapan, de los nueve estados de la conciencia.

9. Chiucnauhmicltan (lugar de las nueve regiones de los muertos). Finalmente se alcanzaba el final del trayecto en una zona de niebla donde los muertos ya no podían ver a su alrededor. Su estado de cansancio provocaría la reflexión de las decisiones y movimientos de la historia del muerto, y éste se conectaría con todo lo que le sucedió en vida, con todo lo que le rodeaba. Los fallecidos se volvían así uno con todo. Dejaban de padecer y entraban en el Mictlán, la residencia de la pareja de dioses de los muertos: Mictlantecuhli (señor de los muertos) y Mictlacíhuatl (señora de los muertos).



Panteón Jardín de la Ciudad de México, 2006. Fotografía: Félix Torres Gómez